

**CUENTOS DEL PARAÍSO DE LAS ISLAS**  
**14-2-4b:**  
**Carla Canon visita al sabio Mirallá**  
**Capítulo IVc (13 a 15)**

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-libros: El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 19/06/2024  
Número de páginas: 9  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del  
**Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 13

### Cálculos para la Vitrina del Tesoro

Para la fórmula de acople de la Vitrina del Tesoro al Aisipiai, el sabio Mirallá recurrió a un viejo texto conservado en la biblioteca del Naranjal, del tiempo de la estructuración del consejo mundial de rectores, atribuido al rector JB o a alguien de su equipo o de su entorno. Era un “contrato de regalo” y había servido, en aquellos tiempos tan antiguos ya, para financiar los primeros viajes estudiantiles de conocimiento y de contactos, cuya manifestación más vistosa habían sido el proyecto Erasmus de la Comunidad Europea que decían, y luego la Operación Ulises, de la Gran Confederación Centro-Sur. Pura prehistoria del paraíso de las islas, pues, en el que ahora se encontraban, mal que bien, inmersos.

La idea fuerza del “contrato de regalo” era simple: la conversión de un objeto en tiempo, como previo a su conversión en dinero. Por ello, lo titularon, a ese “contrato de regalo”, de una manera también muy simple: “cómo calcular el precio de un cuadro”.



El cuadro en cuestión era un dibujo realizado a partir de un cuadro del pintor madrileño Carlos Bloch que el dibujante y donante, E.S., calculó en treinta horas de trabajo como valor de referencia del dibujo para el intercambio. En una fiesta estudiantil para sacar dinero para su viaje de fin de graduación, el profesor y dibujante E.S. quiso obsequiar a sus estudiantes con el tal dibujo, pero a condición de que aceptaran un “contrato de regalo” que iba a significar su conversión posible en dinero contante y sonante para financiar sus actividades, comenzando con el viaje mismo de graduación. El dibujo en cuestión pasaba a ser propiedad de la delegación de estudiantes de la facultad universitaria de Humanidades y Ciencias Sociales, y la manera de obtener dinero con él, en un primer nivel, consistía en vender todo tipo de objetos – camisetas, postales, cuadernos, cerámicas o cualquier otro artilugio que se les ocurriera – decorado con la imagen del dibujo, bien completa, bien de alguno de sus fragmentos, pues era bastante colorido y se prestaba a su fragmentación como imagen. Con ello conservaban la materialidad del dibujo, que decoraba la delegación estudiantil de la facultad de Humanidades, y disfrutaban del producto económico en moneda corriente de su derecho de copia, ese copyright que estaba siendo obsesivamente legislado y por ello perseguido por grandes corporaciones y vendemotos

para todo tipo de imágenes e ideas, hasta niveles tan obscenos que entorpecían la creatividad más inmediata de esos mismos estudiantes humanísticos y de ciencias sociales.



En un segundo nivel, y por necesidades mayores, si era menester, podrían vender también el dibujo mismo, pero ahí era cuando entraba en escena el “contrato de regalo”, a la hora de calcular su precio, a partir del valor calculado en función del tiempo empleado por el artista en su producción, treinta horas. El autor, E.S., por el tal contrato con la delegación de estudiantes, exigía que el tal dibujo sólo pudiera ser vendido en dinero contante y sonante a una institución financiera potente y calculaba el precio por hora de realización en relación de igualdad con el precio de hora de trabajo del director mejor pagado de dicha institución financiera. Y eso era todo.



Aceptado por el delegado estudiantil, éste y el autor E.S. escribieron por detrás del dibujo el contrato, lo firmaron ambos y enmarcaron dibujo y contrato para que pasara a decorar el local de la delegación; más tarde, cuando la institución universitaria desapareció durante la fase más aguda de la crisis generalizada provocada por la guerra financiera – que todos denominan hoy la Gran Guerra sin más – pasó al legado JB conservado en la biblioteca del Naranjal, en donde se conserva hoy.





El sabio Mirallá y JR concluyeron que esa fórmula imaginativa y absolutamente legal, contractual, que había ideado el equipo del recordado y llorado rector JB para convertir en dinero contante y sonante para sus alumnos un objeto, en tiempos de necesidad de recursos y en momentos de crisis amenazante que precisaban del despliegue máximo de imaginación y valentía, podían utilizarla perfectamente como fórmula para momentos igual de críticos y terribles, de necesidad de recursos sin fin y libres de maniobras especulativas de vendemotos centripetadores y torticeros, como los que estaban padeciendo.

“Esa fórmula contractual pasó a aplicarse en la biblioteca del Naranjal a obra artística, literaria y de patentes, diseñada con minucia desde antes de la muerte del rector JB, pero siempre se relacionó con aquel primitivo contrato de regalo del dibujo de E.S. sobre un cuadro del Bloch”. JR había conocido también al pintor madrileño, pero no conocía la historia del cuadro. “El cuadro – le aclaró Fausto – se conserva también en la biblioteca del Naranjal, y es tipo collage, con una imagen fotográfica de la universidad del E.S. y el rector JB, un espejito circular y unas intervenciones al óleo de Bloch. Sobre el cuadro, que el pintor le había regalado a E.S., éste hizo el dibujo que luego regaló a la delegación de estudiantes, después de utilizarlo como imagen de una expo-instalación que tituló ‘Mosaicos, laberintos y diagramas’, de la que tengo imágenes por aquí”. A JR le gustaron las imágenes y aceptó incorporarlas también, en sus múltiples fragmentos posibles, a la Vitrina Monumental Panóptica para Albergar un Tesoro, como le gustaba denominarla, por su nombre completo, la Vitrina de los Tesoros, como convinieron en denominarla para simplificar.



Se les había echado el tiempo encima. Solos JR y Fausto en la cabina plató principal de la Burbuja, con el equipo técnico de i-kokos de transmisiones, se dispusieron a conectar con el escenario principal de la fiesta en la explanada

entre el parque del Mediterráneo y los poblados de refugiados, exiliados y viajeros, en aquellos momentos sobre todo griegos y chipriotas, a las orillas del Rin.

Desde el escenario, Alessandra estaba intentando conectar con los dos veteranos artistas luchadores:

“Aló, Mirallá. Aló, JR. Maydey, maydey... Aquí, Alessandra...”

## 14

A estas alturas del relato... A estas alturas del ensayo de relato de la fiesta de la Burbuja iniciada el 15 de marzo en Dusseldorf, el equipo encargado de ello debió –debimos– serenarnos un poco. Para su construcción contamos con los registros audiovisuales que nos cedió alguna gente, principalmente la misma Carla Canon, y con dos docenas de testimonios orales de gente que participó en la fiesta, nuestros ojos y oídos, nuestros espías para la Ocasión. Con todo ello nos enredamos hasta ahora, con Alessandra como coordinadora; no quiere reconocerlo, pero es la i-koka preferida por el sabio Mirallá, su musa, como él la llama. Bajo la batuta inteligente de Alessandra, con una capacidad intuitiva asombrosa para la toma de decisiones, esto va marchando, mal que bien, con media docena de personas voluntarias entre documentalistas y amanuenses y editores. Un equipo provisional, dicen algunos, una pequeña fiesta, decimos nosotros, pues nos lo pasamos estupendamente y nos lo reconocen como crédito para seguir nomadeando por ahí. Además, la mayoría de los chicos, y también de las chicas, están con la Alessandra que se les cae la baba.

### Carla y Lucas por el parque del Mediterráneo

Carla Canon y el Lucas se habían recorrido el parque del Mediterráneo durante toda la tarde y se arrimaron a la mayoría de los corrillos y casetas que aglutinaban a las más divertidas y dramáticas, al mismo tiempo, categorías de los nuevos nómadas: los deportados voluntarios chipriotas y griegos, que acababan de llegar casi en masa, eran los que tenían más audiencia, por la novedad; pero también estaban generando gran expectación los grupos de refugiados sirios, que representaban ya a más de un millón de exiliados forzosos de la guerra de su tierra de origen y que estaban intentando captar la mayor cantidad de recursos posible, tanto técnicos y humanos como financieros. Estos eran los más dramáticos, sin duda, pues otros más veteranos habían adoptado técnicas carnalescas y de teatro de calle:

“Los afectados por las preferentes de Bankaka y las prioritarias de Kaikaisa”, o “Los engañados por los Mondragones y los subastados como primos de riesgo”, representaban parodias para ilustrar los informes que narraba un actor, con frecuencia también paródico, algunos con textos en verso con rimas cacofónicas, como los de Bankaka, que hacían reír a parte de la concurrencia y desesperarse a no pocos intérpretes en alemán o en inglés. Los rótulos de los diferentes grupos podían conformar una suerte de poema o letanía surrealista: “Desplazados por inmobiliarias optimizadoras de recursos”;

“Arruinados por los vendemotos de la construcción”;  
“Activistas engañados por levas ecologizantes de corporaciones de transgénicos competitivos”; “Oenegeros desviados a factorías clandestinas”;  
“Voluntarios militantes tercermundistas utilizados por tiburones financieros como espías involuntarios”; “Misioneros a sueldo de alcaldes corruptos”;  
“Estudiantes captados por intermediarios insaciables rentabilizadores de la Enseñanza”.

Aquello era una pasada y Carla Canon no había visto nada parecido, tanta vitalidad. Los tiempos estaban cambiando a velocidad de crucero, y ella se sentía hecha una antigua ya, hecha una vieja. Miró al Lucas, a quien aquello no sorprendía para nada, acostumbrado desde niño al deambular de los nomadeos de la gente de frontera, y se enterneció. Lo atrajo hacia sí y le dio un beso. Al chaval se le veía encantado y ciñó a Carla por la cintura. En otra parte más arbolada del parque habían montado algunas representaciones guiñolescas, también de divertida categorización: “Centripetadores feroces contra Caballos Pegaso voladores centrifugadores”; “Maestros oficiales nómadas contra secuestradores mentirosos por deudas”; “Nómadas de supervivencia contra reclutadores camuflados para corporaciones mineras del Diamante de Sangre”. Pero fueron dos de ellas las que despertaron el mayor interés de Carla, pues hizo registros audiovisuales de gran amplitud: “Las Bellas Viudas contra los Acosadores Financieros”, que debía ser algo muy próximo a una película porno bufonesca y descarada de serie B, y “Donantes contra Traficantes de Órganos”, que parecía, en los registros de la Carla, una película también de serie B, pero de casquería en este caso, filmada al alimón por Groucho Marx, Buster Keaton y el Gordo y el Flaco al mismo tiempo.

Fue entonces cuando Carla y Lucas se acercaron a la cabina plató que había proporcionado el sabio Mirallá a la Carla en la azotea de la Burbuja, sin duda que para echar el polvo que Carla andaba demorando y demorando toda la tarde con el Lucas para acá y para allá, a la vera del Rin. Aprovecharon para despedirse de Fausto Mirallá y de JR, que ponían a punto la retransmisión del Aisipiai en la cabina plató principal de al lado de la de Carla, y se echaron de nuevo a la calle para ver terminar de atardecer en la explanada del escenario de la fiesta y darse un paseo por los poblados y campamentos de nuevos refugiados antes de la medianoche.

## 15

Anochece ya por los poblados y campamentos provisionales que estaban montando los de la municipalidad, al otro lado del parque del Mediterráneo, y Carla se encontró, aquí y allá, con estampas muy familiares ya por su experiencia reciente en campamentos orientales. Pequeños grupos familiares, los menos, algo apocados, pero con cara de sorpresa, sobre todo los niños, mujeres protectoras y tímidas y padres excitados, ante sus nuevos alojamientos tenuemente iluminados; hombres y mujeres atareadas en acondicionar sus barracones y módulos variopintos,

y zapadores y oficiales y bomberos de aquí para allá también, y jóvenes soldados. Eso sí, lo que notaban a simple vista, tanto Carla como Lucas, era que contaban con mucho más abundantes medios de los que recordaban de sus experiencias anteriores más al sur. “Estamos en Alemania”, dijo Lucas. “Un corazón o motor de imperios centripetadores, sí”, asintió Carla. La escena de la cotidianidad de un campamento, semilla de intersticio de nomadeo de precarios y periféricos, de los nuevos nómadas de la supervivencia; atendidos en esos momentos iniciales de formación por también cada vez más nuevos nómadas de i-kokos e i-kokas, como le gustaba al sabio Mirallá llamar a la juventud viajera, ya estudiantes o ya técnicos y maestranzas heterogéneos sin más, voluntarios, oenegeros, médicos sin fronteras, bomberos mundi, maestranzas liberadas, todo un bullir y bullir, también empresas formales contratadas por la municipalidad o por instituciones administrativas o filantrópicas privadas, o por organismos internacionales o globales, esa nueva Babel que cada vez babelizaba más espacios y lugares, desde los centros duros urbanos y de poder hasta los suburbios industriales y de dormitorio, y los nuevos poblados cada vez más provisionales pero mayores que se comenzaban también a dispersar por los restos del mundo rural superviviente...

### En la explanada de la fiesta

La noche se les echó encima, poco a poco, y con ella, imperceptiblemente, cierta melancolía; a Carla le brillaban los ojos y Lucas la ceñía más fuerte por la cintura. Saludó a alguna gente que reconoció de otros viajes similares, a alguna sólo de vista, y con otra intercambió algunas impresiones. A toda la gente le parecía muy bien la aplicación inmediata de aquel Aisipiai del que todo el mundo hablaba, y creían que con él o ella – aún dudaban de su género, papel o cartela o algo indefinido – se podría facilitar más aún la movilidad por las redes de nomadeo y la red misma podría considerarse tan protectora como los intersticios mejor estructurados o más veteranos y experimentados.

Carla y Lucas se encontraron también con Lobo Corredor y Chema Egea, que habían estado toda la tarde en los poblados de los chipriotas recién instalados en el campamento, y habían echado una mano en todo lo que habían podido. No paraban de contar. Lucas también se encontró con sus colegas de Granada, y se fueron acercando poco a poco hacia la explanada del escenario en donde había comenzado a sonar música animada de bandas de jóvenes manuchaístas con aires tropicales, procedentes de las carpas instaladas para la recepción de los más jóvenes. Una gran pantalla se había instalado también como telón de fondo del escenario, y allí se presentaron mensajes e imágenes, pruebas técnicas todavía algunas de ellas. Se aproximaba la medianoche y aquello bullía; muchos de los actores y mimos que habían visto por la tarde en el parque del Mediterráneo en sus representaciones bufonescas, andaban por allí con sus disfraces aún, dándole un particular colorido al gentío, abrumadoramente joven y animoso. En un momento, se abrió un pasillo y un ciclista aerostático se deslizó elegante, a metro y medio del suelo, por entre la gente, encantada y contenta. En el escenario, en un momento, un representante del consejo mundial de rectores (CMR) leyó

un breve comunicado que decía estar muy interesado el consejo en la presentación que les iba a hacer el equipo de Fausto Mirallá de la Burbuja aquella noche, y deseaban en el consejo poder incorporar de inmediato la Aisipiai a la próxima campaña de la Operación Ulises. La declaración levantó encendidos aplausos, y de nuevo sonó música de tipo Manuchao, al parecer la más jaleada por la gente.

Poco antes de la medianoche, subió al escenario una chica que Carla reconoció enseguida; era Alessandra, del equipo del Mirallá, e inició una prueba de sonido para una conexión, al parecer. “Aló, Mirallá. Aló, JR. Meydei, meydei... Aquí Alessandra...”

### La bandera blanca de la Confederación

Mientras ella – i-koka favorita del sabio Mirallá – cerraba las pruebas, unos bomberos elegantísimos, con uniformes todos diferentes y de lo más vistoso, cada uno de la cuadrilla de la que procedían, comenzaron a izar una gran bandera blanca en un mástil que se erguía tras la gran pantalla del escenario, y todos aclamaron el rito con un fuerte aplauso y vivas a la Gran Confederación. Carla se emocionó; hacía tiempo que no participaba en aquel sencillo ritual de izar una bandera; por lo menos, desde niña. Y, además, la bandera blanca de la Gran Confederación Centro-Sur, la del viejo loco JB, que parecía querer reactivarse en estos nuevos tiempos transicionales, endemoniadamente caotizados, babelizados, de profundos malestares y dolor, anómicos y dadá o surreales. “La bandera blanca de la Confederación”, musitó Carla. “La del nos rendimos porque no podremos rendirnos jamás”, le susurró Lucas al oído. “La sábana blanca, la mortaja...”

Izada la bandera blanca, los bomberos desaparecieron entre la gente. Tras unos guiños de la conexión, la pantalla se llenó con un primerísimo plano del sabio Mirallá tocado con un sombrero Capello americano un poco echado para atrás, y barba de tres días, como a él le gustaba llevar. Parecía distraído con algún mando del plató, hasta que se dio cuenta de que ya estaba en el aire y se retiró hacia atrás con un gesto de sorpresa. “Aló, Alessandra...” Alessandra se adueñó de la situación. “Todo en orden, Mirallá, se te escucha perfectamente. Vamos allá con la presentación...” Fausto Mirallá no tenía demasiadas tablas para ser un buen locutor, algo desgarrado y titubeante. Carraspeó: “Esto..., esto es un llamado, un llamamiento... al 99 por ciento de la Tierra, Geo, Gaia... Mejor, no. La Tierra, Geo, Gaia, el mundo, ese todo, es el cien por ciento. Pero hay un uno por ciento de vendemotos, antropófagos insaciables, obsesos y chorizos, fagocitadores de todo lo fagocitable, sólido, líquido o gaseoso, tantos y tantas, el uno por ciento, restante, sobrante, albañal... Por eso esto es un llamado, un llamamiento, al 99 por ciento que es la Tierra, Gea, Gaia...” Se quedó un momento indeciso e hizo un guiño nervioso: “¿Se me oye bien, Alessandra?” “Perfectamente, Fausto, sigue...”

Carraspeó de nuevo; estaba claro que no era un buen locutor. La gente, sin embargo, lo jaleaba. “¡Ánimo, tío!”, “¡Viva el Mirallá!”, coreaban por allí,



como gritos de ánimo. “Pues eso: esto es una declaración de independencia personal contra el uno por ciento, que puede ser una puerta de acceso a un muy otro mundo posible... Es un llamado o llamamiento al 99 por ciento...”

Pareció trastabillarse de nuevo, e hizo un divertido gesto de disculpa con media sonrisa y nuevo carraspeo. La gente seguía animándole, divertida.

Parecía enredado con unos papeles que no se veían en la pantalla, fuera de la imagen transmitida. “Álzate, 99 por ciento del mundo...”

Levantémonos, despertémonos, esgrimámonos, desencadenémonos...”

La gente se iba calentando, y hasta los músicos iniciaron un pequeño intento sonoro con golpes de batería e instrumentos de cuerda y viento ante cada exhortación del Mirallá.

“Yergámonos, vibrémonos, revolvámonos, truenémonos...”

A estas alturas, el delirio era total, y todos jaleaban, bajo la batuta de una Alessandra encantada de la vida con cómo estaba quedando la cosa.

“Abalancémonos...”, y la gente se abalanzaba de un lado para otro...

“Atorbillémonos... o Atorbellinémonos...” Y aquello se convirtió en un delirio de vivas y risas y saltos... Otra vez parecía que se despistaba el locutor, mientras se calmaba la gente un poco, y consiguió seguir, animado por Alessandra...

“Vamos, Mirallá, sigue. Se te entiende perfectamente...”

“Salvémonos, independicémonos del uno por ciento, de los insaciables, de los antropófagos y de los chorizos...”

La banda de música inició unos compases, y Alessandra propuso una pausa.

“Bravo, Mirallá. Ahora un poquito de música, y luego seguimos con la Aisipiai...”

De todas formas, ya todos deben de tener en sus correos particulares

el proyecto completo, bien explicado, y no podemos olvidarnos

de que esto es una fiesta”. Otra vez la música bailona se hizo

reina del aire en la explanada, y Carla Canon se partía de la risa, encantada,

ya lloraba de tanto reír. Aquella fiesta de la Burbuja iba camino de convertirse

en inolvidable, mire usted, qué le vamos a decir de más.

En la gran pantalla de fondo del escenario se sucedían imágenes de turquesas...

Además de que estos amanuenses y editores están cansados ya, y tienen que irse a una fiesta de presentación de una plataforma digital nueva, el Archivo de la frontera, que nos han dicho que está muy bien.

Va a ser la fiesta de la despedida de una de nuestro equipo, además, que sale para América en viaje de conocimiento y de contactos y no volverá hasta dentro de una semana. Para entonces continuaremos con el ensayo de narración, si es que seguimos teniendo ánimo y material de trabajo nuevo.

**FIN**  
**de la IV parte**